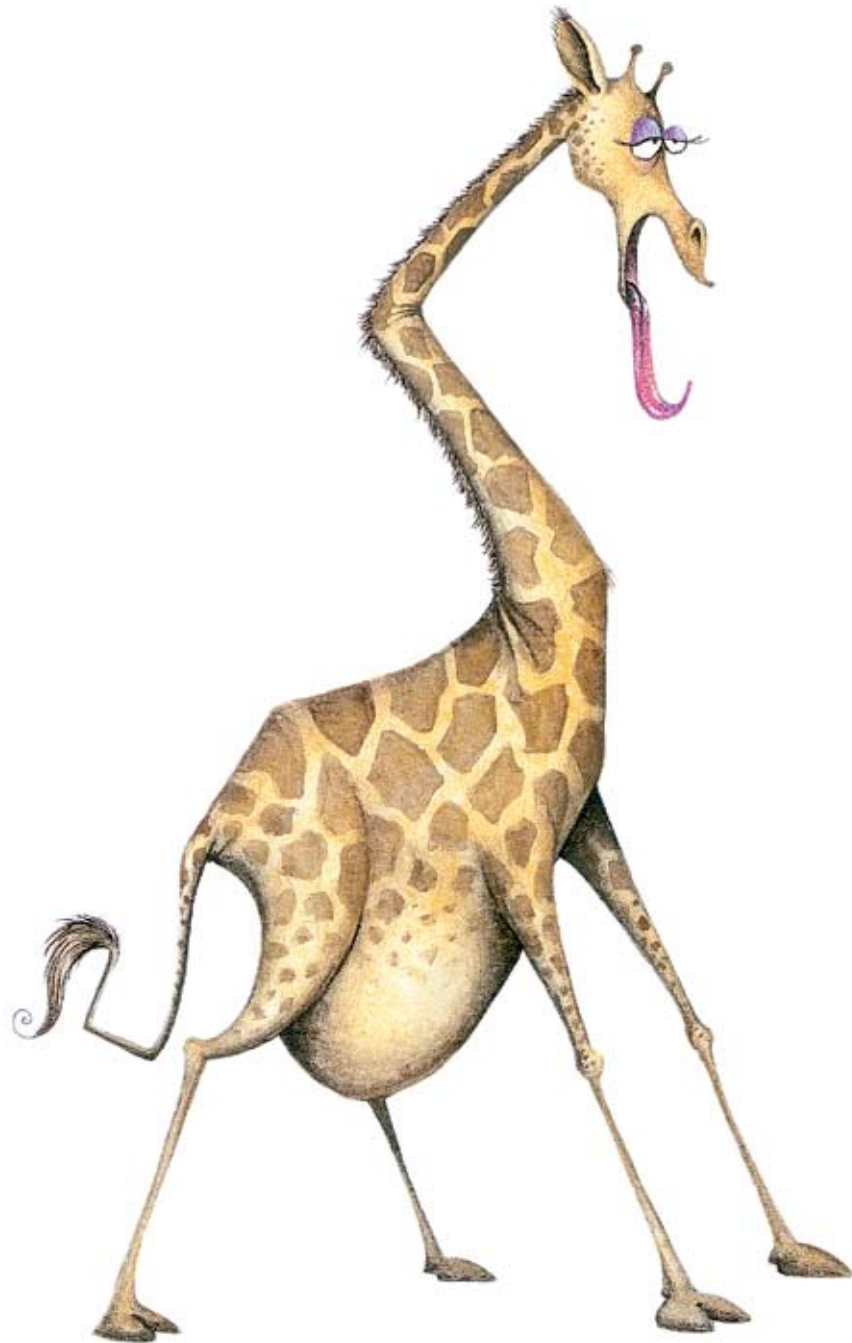




Aquella mañana, después de haber esperado poco más de quince meses, todo fue sorpresa en el zoológico. Sí, es cierto que mamá jirafa había engordado mucho más de lo normal, pero lo que todos pensaban era que iba a tener dos jirafitas gemelas, no una jirafa... redondita.

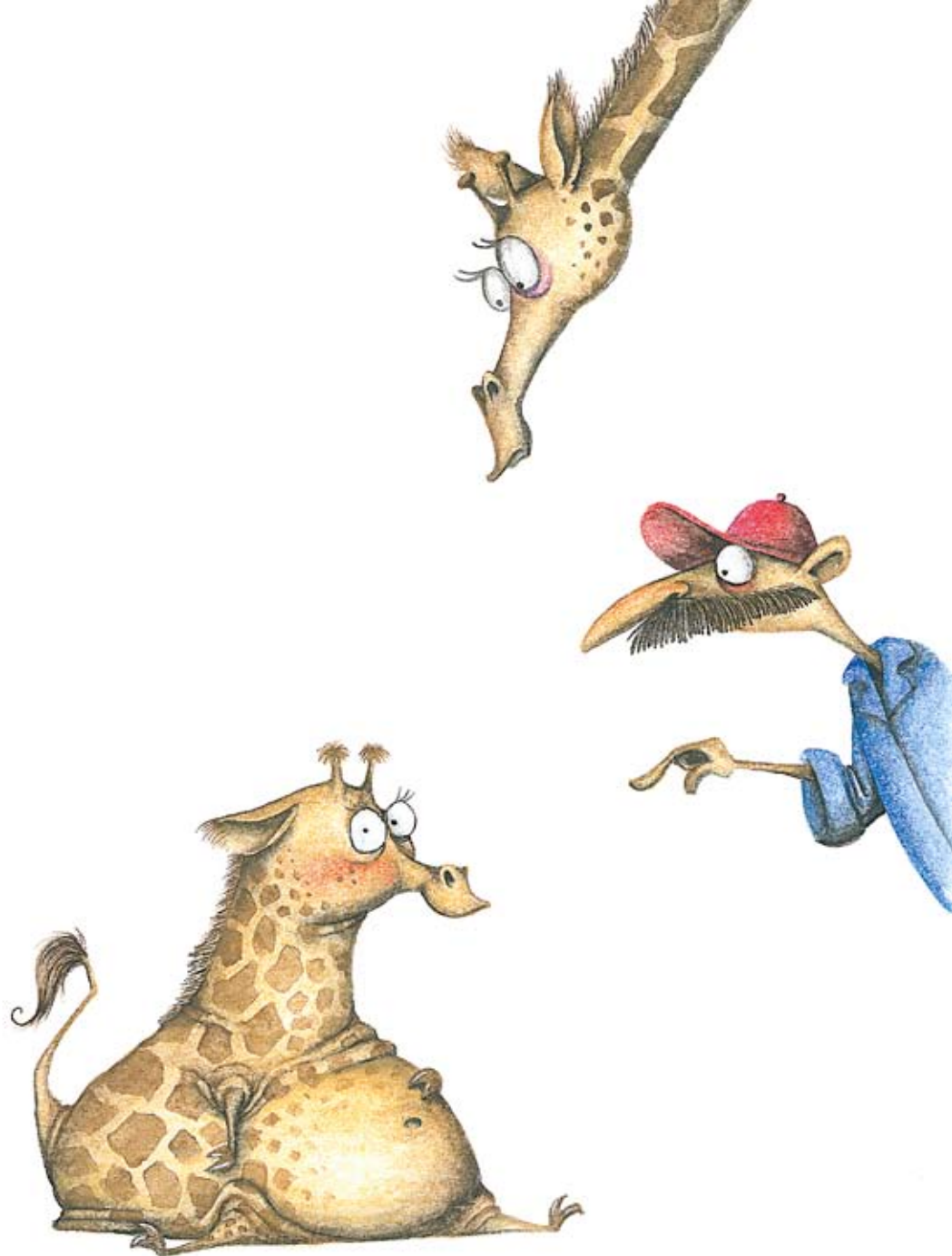




¡Pop! La jirafita bebé salió de la panza de mamá jirafa y los que estaban cerca rápidamente le encontraron diversos parecidos.

—¡Oigan todos! —gritaba alguien por ahí—. ¡Mamá jirafa tuvo un balón de fútbol!

—No, es de básquet, ¿no ven que es amarilla? —respondía otro.



—Qué pelota de básquet ni qué nada —aclaró Jaime León, el cuidador de las jirafas—. Es una jirafita con sobrepeso.

Mamá jirafa estaba encantada con su jirafa gordita; don Jaime, también.



Pero el más encantado de todo el zoológico era Poncho, el hijo del cuidador. Poncho se encargaba de algunas labores del encierro, como platicar con las jirafas y opinar sobre cosas importantes como, por ejemplo, qué nombres habrían de llevar los nuevos miembros de la familia.





Y como Poncho no era muy ocurrente que digamos, la criaturita aquella acabó llamándose “Bolita”.

Al principio, a Bolita le resultaba muy divertido ver que toda la gente que pasaba frente al encierro de las jirafas se reía mucho, porque no por nada aquel fulano había gritado que se parecía a una pelota de basquetbol.



Bolita era redonda por donde se le viera, de las patas hasta el cuello, y eso era algo que no se había visto hasta entonces en ningún zoológico del mundo.

Pero, un tiempo después, Bolita se dio cuenta de que también murmuraban cosas y, entonces, empezó a sentirse un poco mal.



Una tarde unos niños se pasaron casi veinte minutos frente al encierro de Bolita, señalándola muertos de risa.

—¡Qué gorda! —dijo uno.

—¡Parece un globo! —gritó otro.

